

Problemas de Costos y Salidas Profesionales

Por medio del artículo de este mismo título, aparecido en *Perspectives*, revista trimestral de la UNESCO, el profesor Michel Deveauvais, quien entre otras importantes funciones desempeña la de asesor del Centro de Desarrollo de la OECD, responde a la invitación de comentar las implicaciones económicas y financieras del Informe de la Comisión Internacional para el Desarrollo de la Educación (*Aprender a Ser*). A continuación exponemos los puntos más sobresalientes de su artículo.

Para Deveauvais, el “Informe Fauré”, hace una crítica justa de los planes de educación nacionales y regionales de la década de 1960, pero se limita a hacer extrapolaciones cuantitativas de efectivos y gastos escolares sin haber calculado el costo de las estrategias y las innovaciones que preconiza.

La mayoría de los planes -dice- han subestimado mucho el crecimiento de los gastos de enseñanza, especialmente porque los costos por alumno han registrado elevaciones mayores que las previstas. El hecho es que en casi todas partes se viene constatando desde hace 15 años un aumento en los gastos de enseñanza mucho más rápido que el del presupuesto y del Producto Nacional, y también más rápido que el de los efectivos escolares.

Ante lo anterior el principal problema es ¿a qué nivel y en qué momento alcanzará este aumento un límite?, ¿cómo actuar sobre los costos? y ¿cómo controlar la expansión casi espontánea de los efectivos escolares?

Las respuestas dadas por el informe (en menos de 4 páginas) tales como “aumentar el gasto repartiéndolo ‘más equitativamente’ entre los diferentes ministerios; diversificar los recursos aumentando las cargas de las colectividades locales, de los alumnos y de las empresas. . .”, y otras más, casi no convencen -dice Deveauvais- y de hecho la experiencia de los últimos años atestigua una tendencia inversa en casi todos los países: los presupuestos siguen aumentando y la presión de la “demanda social”, más la presión de los factores de aumento de los costos no se traducen en una tendencia progresiva de las familias a hacerse cargo de una parte más importante de la financiación de la enseñanza, sino por una mayor presión sobre las finanzas del gobierno central.

La contradicción radica entre las necesidades crecientes de la población en materia de educación, y la limitación de los recursos. Pero sería fácil e injusto reprocharle al informe no haber logrado una solución en este sentido; sin embargo, hubiera sido preferible subrayar tal contradicción, con las tensiones y crisis que anuncia, que dar seguridades ofreciendo remedios inciertos que tienden a disimular la gravedad del problema.

Para Deveauvais, algunos de los acercamiento empleados confunden los aspectos pedagógicos con las consideraciones financieras y considera que las investigaciones que tienden a evaluar la eficacia pedagógica y económica en materia de enseñanza están en un estado exploratorio que no autoriza a nadie a hacer una interpretación unívoca de sus resultados. La innovación pedagógica propuesta no parece ser capaz de modificar, por sí misma, la tendencia al aumento de los gastos de enseñanza. Es preciso ir más lejos, y para Deveauvais esto quiere decir dejar de plantear el problema de una manera aislada y llevarlo a su nivel más elevado: el de las relaciones que mantiene el sistema de educación con otros campos. Y un aspecto esencial de las relaciones del sistema educativo con la economía es el de las salidas profesionales. Este aspecto se menciona incidentalmente en el informe pero no se lo relaciona con los problemas de educación.

Las evaluaciones de la década de los 1960 sobre el mercado del trabajo, basadas en hipótesis (sin fundamentos teóricos ni econométricos) que relacionaban la economía con las cualificaciones profesionales y que presentaban las necesidades de mano de obra calificada a un nivel tan elevado que sólo hubiera podido satisfacerse al precio de una expansión casi ilimitada de los sistemas de enseñanza, han sido desmentidas durante los últimos años. El punto de vista prevalente -dice Deveauvais- emanaba de los resultados de cálculos de rentabilidad de la educación obtenidos por los análisis de costo-beneficio, procedentes de un punto de vista neoclásico: “las inversiones educativas indican tasas de rendimiento mucho más elevadas que las de las inversiones materiales”, lo cual subrayaba la ventaja económica que cabría esperar de un aumento en los gastos de educación.

Pero la aparición y agravación de excedentes de diplomados ha llevado a una revisión de estos conceptos, demasiado simplistas, de las relaciones entre la educación, el empleo y la economía y los resultados aconsejan

como lo más esencial el lograr una evaluación total de la previsible evolución del problema. ¿Se trata de un ajuste temporal que será reabsorbido por sí mismo o mediante medidas adecuadas?, ¿o de una contradicción, en vías de agravarse, entre la demanda social de educación y la capacidad de absorción del mercado de trabajo?

Para nosotros -habla Deveauvais- la crisis de empleo de diplomados tiende a agravarse donde ya existe y a aparecer en los países como los no desarrollados, donde debido al retardo de la escolarización y otras causas, se ha retrasado la extensión de este fenómeno. Si se admite este juicio, se adquiere una perspectiva muy distinta de la presentada por el informe; a saber, una reforma del sistema educativo, incluso tan radical como se preconiza y sólo considerando sus aspectos favorables (costos, eficiencia pedagógica y democratización), no sería suficiente para resolver el problema del empleo. Ni tampoco lo sería el adaptar las formaciones a las necesidades de la economía, puesto que en los países donde es más grave la falta de trabajo para los diplomados (India, Filipinas, Sri Lanka), también se ven afectados los cuadros científicos, técnicos y los intermedios, y la crisis de empleo no está reservada sólo a juristas y literatos. Peor aún sería buscar soluciones malthusianas que limitaran la expansión de la enseñanza por medio del empleo de todos los medios selectivos, pues se renegaría con ello del derecho a la educación o a la alfabetización, según el caso, regresión política que tampoco resolvería los problemas de empleo.

Sin hablar de soluciones -dice Deveauvais-, el fenómeno debe situarse en el marco más general del problema del empleo que las Naciones Unidas han colocado entre las prioridades del 11 decenio para el desarrollo, pues la experiencia de la década anterior demuestra que la cantidad de nuevos empleos en el sector moderno sólo podría absorber una pequeña parte de los diplomados en los países en vías de desarrollo, aun en los países en los que se registra un crecimiento más elevado de la producción (Irán, México, Brasil, Costa de Marfil, etc.).

Los primeros estudios de la OIT subrayan la necesidad de cambios tan radicales en materia de política de empleo como lo hace el informe presentado a la UNESCO en materia de educación. Pero -se lamenta Deveauvais-, la tendencia es a tratar por separado los problemas de la educación y del empleo y no abordar de frente los modelos de desarrollo económico cuya estrategia de desarrollo selectivo de un sector estrecho de la economía está en contradicción con una política de educación generalizada.

Lo que le daría significado a ambos estudios, sobre el empleo y la educación -piensa Deveauvais- sería un Gran Informe de las Naciones Unidas sobre el desarrollo económico que incluso procediera a una revisión radical del sector de planificación, pero a falta de este elemento esencial existe el peligro de mantener la ilusión de que una reforma educativa o una revisión de las políticas de empleo son remedios suficientes y con ello podríamos desviar nuestra atención de lo más esencial.

En el plano político -afirma Deveauvais- el informe toca la democratización de la enseñanza y la igualdad de oportunidades y participación, pero deja de lado otros aspectos económicos que hubieran podido completar las consideraciones del informe. Muchos sociólogos sostienen, por ejemplo, que la expansión escolar no supone una automática igualdad de oportunidades y algunos de ellos mantienen que la política de ayuda a los menos favorecidos y las reformas que se llevan a cabo no modifican las desigualdades sociales. Por lo que se refiere al mercado de trabajo, la aún incipiente investigación sugiere que el aumento de los niveles de instrucción no ha acarreado una igualización de los ingresos ni una evolución en ese sentido; que los niveles de instrucción se elevan con más rapidez que las necesidades de personal calificado y que la oferta de trabajadores formados supera la demanda.

Tales puntos de vista no son sólo mantenidos por contestatorios como I. Illich, A. Gorz, J. C. Passeron y Grignon y los radicales en Estados Unidos, sino también por economistas ortodoxos como M. Blaug.

Estas ramificaciones de la investigación -continúa Deveauvais- están menos exploradas que las de la estratificación social de las distintas partes del sistema educativo, las que invariablemente confirman que la pertenencia a un grupo social es determinante, cuando menos tanto como las aptitudes individuales, para influir en el éxito escolar. Consecuentemente, tales resultados conducen a lanzar una duda metodológica sobre el postulado según el cual los progresos de la educación ejercen una influencia directa sobre el progreso social. Sin caer en el extremo opuesto, podemos preguntarnos si el desarrollo reciente y universal de la

escolarización ha contribuido de forma indiscutible a reducir las diferencias sociales.

El informe ha atenuado las contradicciones evocadas aquí pero las reformas que sugiere están limitadas al campo educativo aunque su punto de vista sobrepase ampliamente el sistema escolar y se extienda hasta la “ciudad educativa”. ¿Hemos de censurar el informe? -se pregunta Deveauvais; y contesta- lo mejor sería dedicarse a completar este balance crítico de la educación, conectándolo con otros aspectos del desarrollo en la perspectiva global de la crisis general del crecimiento de los países pobres y de la puesta en tela de juicio de las teorías y políticas de desarrollo de los últimos años. Así - termina diciendo Deveauvais-, el informe no debe ser considerado como la expresión final de una doctrina (pese a que su redacción dogmática y normativa hace desgraciadamente pensarlo), sino como el punto de partida de una serie de interrogantes. Las críticas que suscita son el mejor testimonio de la importancia de los problemas que evoca y del interés que ha suscitado.